

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA



ANUARIO 34

ABRIL 2025 A MARZO 2026

ANUARIO

34

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

2025

ANUARIO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA
Correspondiente de la Real Española
Volumen 34-2025

Coordinador del Anuario

Hugo César Boero Kavlin

Edición, revisión y curaduría

Hugo César Boero Kavlin

Juan Carlos Salazar del Barrio

Diseño de tapa

Alvaro Velasco Delgadillo

Diagramación

Marco Guerra Medrano

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Academia Española
c/o Universidad de Aquino – Bolivia.
c. Cap. Ravelo. Pasaje Isaac Eduardo, 2643.
Casilla 12175. Teléfono: (591-2) 244-5381
Correo electrónico: aboldelalengua@gmail.com
Página web: www.academiadelalengua-bo.org
La Paz, Bolivia

Depósito Legal N° 4 -1-4340-2026

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión ecológica

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2025

Los autores que publican en este número no están obligados a reflejar ninguna línea de pensamiento que no sea la suya propia; en ocasión de esto, la ABL no compromete ninguna posición oficial al publicarlos, quedando agradecida por las contribuciones.

Índice

	Pág.
Presentación	xv
.....	
Discursos de ingreso	
La herencia del <i>Quijote</i> Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Juan Ignacio Siles del Valle</i>	3
.....	
Lector del <i>Quijote</i> y de sus lectores Respuesta al discurso de ingreso de D. Juan Ignacio Siles a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Tatiana Alvarado Teodorika</i>	17
.....	
Gabriel René-Moreno y la escritura de la historia Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Mauricio Souza Crespo</i>	25
.....	
Respuesta al discurso de ingreso de D. Mauricio Souza Crespo <i>José Roberto Arze</i>	71
.....	
Narrativa boliviana del siglo XXI: Autores que brillan en lo oscuro Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Carlos D. Mesa Gisbert</i>	77
.....	

Respuesta al discurso de ingreso de don Carlos Mesa Gisbert a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Juan Ignacio Siles</i>	95
.....	

Evocación de nuestros académicos

Acróstico para Marcelo Arduz Ruiz. <i>In memoriam</i> (1954-2026) <i>Luis Andrade S.</i>	103
.....	

Marcelo Arduz Ruiz: Nota biográfica <i>Benjamín Chavez</i>	105
.....	

<i>In memoriam</i> : Georgette Canedo de Camacho <i>Julio Ríos Calderón</i>	107
.....	

Georgette Canedo de Camacho, iluminadora de humanas pasiones <i>Fátima Lazarte</i>	111
.....	

Para Georgette Canedo de Camacho, mi gratitud y cariño <i>Vilma Tapia Anaya</i>	115
.....	

El marino hombre mediterráneo. Homenaje a Wálter Navia <i>Mónica Navia</i>	117
---	-----

Contribuciones al número

Ensayos y Estudios

Morfosintaxis, modalidad y uso de la expresión <i>¿puedo aprovechar?</i> <i>Elsa Nadezhda Bravo Cladera</i>	125
.....	

Tratamiento lexicográfico de las locuciones en el *Diccionario del cholo ilustrado* de Alfonso Prudencio Claire (1978)
Saul Rodrigo Osco Aruni 147

Materiales para la historia del castellano en Bolivia:
Testimonio de Teófilo Poma sobre una escuela clandestina anterior a Warisata iniciada en Jaillihuaya en 1927
Hugo C. Boero Kavlin 169

Vargas Llosa y la estética pragmatista en la novela del siglo XX
Óscar Rivera-Rodas 191

El tiempo, su transformación y la nueva normalidad
María Cristina Botelho Mauri 219

Observaciones dispersas sobre la esperanza y el sentido común en la época contemporánea. ¿El área andina como la reserva moral de la humanidad?
H. C. F. Mansilla 227

La *Epístola Amarilis a Belardo* y su presencia en la obra de Lope de Vega
Eduardo Hopkins Rodríguez 243

Los libros de la señora H.
José Luis Vega 275

Literatura

Fiesta de Ernesto Hemingway
Juan Javier del Granado 281

Infinitivos	
<i>Juan Ignacio Siles del Valle</i>	285
.....	

FrutaS electas	
<i>Juan Cristóbal Mac Lean E.</i>	303
.....	

Reseñas y comentarios

Guerriero, Leila. <i>La llamada: un retrato.</i>	
<i>Hugo José Suárez</i>	325

Martínez, Tomás Eloy. <i>Purgatorio</i>	
<i>Juan Marcelo Columba Fernández</i>	329
.....	

Suárez, Hugo José; <i>Tupiza. Un viaje hacia los recuerdos</i>	
<i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	335
.....	

Breto, José Carlos Rodrigo. <i>Mircea Cărtărescu: El hacedor de insomnios</i>	
<i>María Cristina Botelho Mauri</i>	341
.....	

Actividades de los académicos de número

Actividades académicas de los miembros de la ABL en la gestión 2025 De marzo de 2025 a marzo de 2026	351
.....	

Memoria institucional

Relación de las actividades de la Academia Boliviana de la Lengua de marzo de 2025 a marzo de 2026	367
.....	

La aventura del libro boliviano Discurso preparado para la sesión pública de 23 de abril de 2025, conmemorativa del Día del idioma y del libro <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	373
.....	
Homenaje a Raúl Salmón en su «casi» centenario natal Discurso preparado para el acto de homenaje al periodista, radialista y dramaturgo Raúl Salmón de la Barra <i>Tatiana Alvarado Teodorika</i>	387
.....	
Raúl Salmón, periodista Discurso preparado para el acto de homenaje al periodista, radialista y dramaturgo Raúl Salmón de la Barra <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	393
.....	
Sobre <i>La Computadora Parlante</i> de Raúl Salmón <i>Omar Rocha Velasco</i>	401
.....	
El reconocimiento de los diversos mestizajes Documento preparado para el <i>X Congreso Internacional de la Lengua Española, Arequipa 2025</i> <i>Carlos Toranzo Roca</i>	405
.....	

Infinitivos

| Juan Ignacio Siles del Valle

Escribir

¿Representar? ¿Qué es lo que manifiesto al trazar un signo en un papel? No un garabato cualquiera, tampoco una marca, algo ya infinitas veces delineado, una letra junto a otras letras hasta conformar un signo, una palabra unida a otras palabras para traducir una maldita abstracción, un sonido en mi mente que deje una señal, que diga un objeto, una idea, una emoción que otros leen, descifran, entienden. Escribo signos de un lenguaje común y a pesar de ello soy irrepetible. Único frente a los demás. Distintos, también irrepetibles. Ya no trazo en realidad, aprieto una tecla más bien, ya no dibujo en un papel, ya no derramo tinta como quien vierte su sangre, aprieto cien interruptores para encender una luz negra de intangible tinta sobre el simulacro virtual y no palpable de una pantalla. Lleno la escritura de fantasmas. No importa. Da lo mismo. Igualmente escribo, me comunico.

Hablar

Hablo, soplo aire sobre las membranas, articulo sonidos, me reconozco en la lengua de todos, la recreo, la hago mía, digo, me manifiesto, cargo de sentido las palabras que pronuncio, las arranco de mí, las comparto, me alegro o me entristezco, nombro, soy mi voz, me comunico, aunque ya no juro nada, aclaro o me confundo, interactúo con el mundo, propongo, rezo o blasfemo, converso, me pongo de acuerdo, pregunto y recibo una respuesta, conjeturo, me apasiono, a veces gano otras pierdo, pero doy batalla, escribo, y sobre todo amo. Y cuando hablo, puedo hasta callar.

Oír

Oigo la voz que surge de tu boca. Siento en el oído del corazón el canto de tu cuerpo cuando se aproxima al mío. Casi palpo, aunque no lo escuche, el sonido de tu corazón en la palma de mis manos. O lo capto con la oreja pegada a tu seno. Percibo las vibraciones de tu pensamiento cuando se van convirtiendo en significados.

Oigo el timbre de tu voz que me resuena en el tímpano como una hermosa flor que tintinea. La melodía de amor que desde el instrumento de tu pecho me llega al hueco del alma. La cuerda que tañes al descifrar mis sueños. El susurro cuando se te puebla de tristeza. El llanto apagado en tu garganta. O el grito trascendido cuando el pan crepita de tu cuerpo.

Oler

Percibir el delicado olor que de ti rezuma. Sin pretenderlo. Naturalmente. Mientras te respiro, mientras inhalo el aire con el que se te viste el cuerpo. Cuando en el beso anhelante aspiro el soplo de vida que canta desde tus pulmones. Aspirar la fragancia limpia y tuya que es como la brisa de un río atravesando la noche. Extraviarse en la tenue frescura de sales y hierbas, en tu aroma de tierra y cebada, en la perfumada arboleda de tu mar boscoso.

Gustar

¿A qué sabe la superficie de tu piel? ¿Qué gusto propio tiene cuando con las yemas de la lengua descubro la textura, su humedad, el calor que transmite? Puedo incluso llegar a percibir el aroma singular y permanente de tu cuerpo, pero ¿y su sabor?

En realidad, sabes a la naturaleza que emana desde dentro de ti. A las hierbas que te gustan. A cilantro, a albahaca y a menta. A quirquiña y wacataya, cuando floreces en mi tierra. Al fondo del mar comiendo sus frutos. O al tomate si mezclas su sangre rayada con el pan, el aceite y la sal. A humus y *mtabbal* cuando quieres ser más mora.

Sabes al agua pura, amor, aunque eso te nace del alma.

Tocar

Acariciarte con la punta de los dedos. Tocarte la piel allí donde es más carne, pero también cuando ya es más hueso. Sentirla tersa, velluda, porosa. Siempre tu piel. Descubrirla con la mirada delicada del tacto. Posarse en los lugares en los que se ha dormido la luz del sol. Pero detenerse también en el reino de las blancas sombras. Recorrerla. Subir las colinas y los cerros, descender por las quebradas. Respirando por los dedos con deleite de pirata. Apretar la carne que reclame nuestro aliento hecho palma de las manos.

Tocar tus labios, la historia personal de la superficie de la luna de tu rostro. Absorber con las yemas todas las esencias contenidas en tu cuerpo. Jugar con el halo amoroso de tus senos hasta que se levanten como dos pequeñas cumbres. Andar con los dedos por la geográfica territorialidad de tu vientre umbilical, para reposar todo el cansancio que hayan acumulado las líneas de mis manos. Volver al epicentro del tacto, con los ojos de los dedos, para que en la caricia cruja como la madera que crece dentro su corteza.

Ser Tocado

Con la epidermis por la que me eres inevitablemente ajena. Fruto de la dualidad que una membrana construye. No tocar, sino ser tocado. No por una luz enceguedora que te atravesase entre las costillas, sino más bien por la caricia espontánea de la diosa cotidiana con la que comparto hasta la cama. Estar tocado no, que no es cosa de locos. Aunque por un instante lo sea. Ser tocado más bien por las yemas de tus dedos o la palma de tus manos. Ser casi transgredido, abierto en la piel por la humedad de tus labios o por la punta tuya de la lengua. Ser hasta sucumbir si fuera necesario al sentir el dulce roce de tus senos, transformada. Palpar la diluida otredad de tu ser otro, distinta de mí, que se va desdibujando cuando me tocas. No es el ser tocado la voz pasiva de nada, porque, al producirse el contacto, la piel se encumbra y se enciende y a su vez devuelve a quien te toca la infinita sensación de placer y extrema fragilidad, de entrega absoluta y desaparición de la línea que te separa de quien te está tocando.

Mirar

Si no hubiera luz, de nada me servirían los ojos. A tientas iría como un ciego por el mundo. No podría imaginar la rara singularidad de las sombras ni el volumen insondable de los cuerpos. Tampoco sabría del color del cielo. Nada lograría adivinar de tu contorno si no fuera por el tacto. Aunque sólo fuera por tu voz, te reconocería una y única entre la gente. Porque tus palabras son tu pensamiento. Percibiría tu amor incluso hasta en la oscuridad del infinito. Y si no hubiera luz, me alcanzaría el sabor de tu mirada.

Obnubilar

Quedar obnubilado es haberse quedado en la penumbra, sin la luz del sol. Y en realidad nos pasa todo lo contrario. Estamos llenos de la claridad que nos llega del otro. Porque es una luz que no enseguece. No hay nube, entonces, no hay sombra.

Abrir

Me dijiste el otro día que te gustaba tanto que te lo dijera, pero ya sabes, no siempre resulta tan fácil, porque nunca terminas por decir las cosas tal como realmente quisieras decirlas, siempre hay un modo, una oportunidad, debes buscar las palabras adecuadas. Nunca podré estar seguro de cómo quieres realmente que te lo pida: ¿me abres?

Hay mil modos de hacerlo, aunque, al final, el resultado siempre será el mismo: que te me abras, o simplemente que me dejes, tan desnudo o tan vestido como tú, aproximar mi cuerpo al tuyo y puedas tú envolverme y terminemos abrazados dulcemente para que me abras el corazón.

Abrir conlleva también la posibilidad de cerrar y, sobre todo, la libertad de dejar entrar. Porque el acto de entrar se hace natural, pero sobre todo voluntariamente. Se abre a uno y se cierra a todos los demás. Se da. Aunque no requiera de palabras, de ellas se alimenta. Nos gusta decirlas, nos encanta oírlas.

Y se da a partir del reconocimiento de que esa cavidad que existe entre nosotros cuando no estamos el uno con el otro nos descubre diferentes, otros, seres individuales completos en nosotros mismos, pero también complementarios, o más bien, necesitados de una complementariedad. No la mitad de un todo.

Pero, abiertas ya las puertas, conformando un todo nuevo, dual en el que no se es sino en ti, contigo. Otra dimensión de mí mismo. Y lo percibo en este instante, aunque físicamente no esté abrazándote y no estemos espontáneamente entrándonos, fusionándonos.

Valer lo mismo

Dispares, porque somos muy diferentes. Ni siquiera espejos el uno del otro, que podemos ser hasta contrapuestos. Pero sí iguales. Tanto tú como yo. Pero de distinta hechura. Iguales, no simétricos. En una misma voluntad, en una misma vocación, en un mismo sentimiento. Equilibrados por una misma balanza. Yo, otro para ti. Tú, una ante mis ojos. Paralelos quizás. Con la misma capacidad para ejercer los mismos derechos.

Complementarios. Con las mismas obligaciones. Y los compromisos. Compartiendo las tareas y los beneficios. Las luces y las sombras. Impares, pero apareados. Libres pero unidos. Medidos con la misma vara. Importando por igual. Cada cual con su pasado. Quién sabe si con el mismo futuro. Las dos caras de una misma medalla.

Espontáneamente. La tierra y el mar. Los mismos. El día y la noche. Conformes. Sin ti no soy nada. Conmigo lo eres todo.

Fracturarse

Me fracturo una vértebra y descubro en el dolor la prolongación espinal de mi existencia. Apenas un hueso con una cifra. Un hueso que no sentía, que no sabía. Una radiografía. Porque en realidad, percibo mi cuerpo casi como una fatalidad. Ajena a mí, diferente. Un instrumento útil pero pasajero. Desechable, al fin y al

cabo. Lo descuido, lo maltrato. Lo llevo con indiferencia; sedentario. Mis carnes y mis músculos están flácidos. Mis articulaciones comienzan demasiado temprano a sufrir el paso del tiempo. Mis órganos se quejan. Me malalimento. Ya se desdibuja mi perfil. Pero mi cuerpo no es morada que habite. No es armadura que me separe del mundo. La piel no es frontera. Él y yo somos un todo. Yo soy mi cuerpo que duele. Su fin es el mío, pues vivo y muero con mi cuerpo. Me cobija. Con el universo me comunica. Me une. Siento a través de mi cuerpo, miro, palpo, huelo, oigo. El cuerpo es en mí, me está siendo. Y sólo con mi cuerpo puedo amar y desear. Dar el salto.

Compartir

Dividir un trozo de pan y compartirlo. No una migaja. No un don ni un regalo. La mitad del pan. Entregarlo al otro. Condividerlo con alegría. Para que su parte y tu parte formen el todo. El alimento común. Dárselo para que a su vez pueda compartir su trozo con alguien más. Para que en el pan todos seamos parte. Nos sintamos parte. Dar para recibir. Sin vanagloria. Dividir el trozo para que no se rompa el pan. La marraqueta. Que el pan sea de todos los demás. Porque unos y otros, cuando los dioses están muertos, pertenecemos a la misma tierra que nos da el fruto. Participamos de la misma mesa del pan terrenal. El pan que conjunta como la palabra que enlaza. La voz de la intimidad compartida. La que viene de adentro. La que nos quema y la que nos duele. El pan del regocijo. El de todos los días. La miga de la confianza mutua. El verbo secreto que se dice al oído. La voz del corazón. La harina del pan. El pan irresurrecto que nos hace libres. Ser uno una misma el pan para darse. Para entregarse el pan. Acogerlo. Para que el fragmento de nosotros mismos cruja mordido entre los dientes del otro, la otra. Contar con él. Ser alimento. Pertenecer al pan. A la suma.

Dar vueltas

Qué importa si vienes o si vas, para adelante o para atrás, si trashumas o transitas, si migras o atraviesas, viajante o pasajero de un tren, si marchas directo al centro o te quedas en la orilla, si al infierno vuelas o caes al infinito, si te levantas dos palmos o te impulsas a ras del suelo, si traspasas la piel o te quemas en el fondo,

siempre estás caminando, a la izquierda por natural, pero al sur por convicción, subiendo o bajando, en círculo o en diagonal, la ruta nunca es una línea recta ni un disparo malogrado al corazón, ni el camino de Santiago ni el éxodo a la Medina, no importa, peregrina paloma imaginaria, decía el modernista poeta boliviano, deambular en busca no ya del origen ni del destino final, sino del instante en el que se produce el reencuentro, la anagnórisis, el brusco o el suave incorporarse en la ajenidad intemporal de tu cuerpo, en el oído o la mirada, mejor en la memoria del tacto para que el volver sea mutuo reconocimiento, reincidencia y no olvido, redescubrimiento y no incerteza, transgresión sin prisa de fronteras, recorrido, cruzar los territorios de tu entendimiento, explorar las sagradas penumbras de tu intimidad, andar y desandar, regresar al huérfano punto de partida, a la casa que no es mía, al ámbito, a la palabra, al idioma, porque al final y no al principio es el verbo la carta de navegación, el astrolabio.

Pensar

Dar vueltas sobre las ideas y las cosas. Sin pretender crear un sistema. Simplemente discurrir, cavilar si quieres. No para dar forma a ningún concepto. Tomar conciencia de ningún hecho. Saltar de aquí a ninguna parte. Solamente dejarse llevar. Rememorar, inventar. Apenas relacionar desazonadamente una cosa con otra. Sin la gramática de las relaciones humanas. Fluir. Luchar contra todo paradigma. Contra todo sintagma nominal. Sin un propósito. Tal vez sólo el de pensarse a uno mismo. Medirse en el tiempo. Desordenadamente. Para no tomar decisión ninguna ni para encaminar alguna acción. Reflexionar sobre el punto en el que no estamos. Libremente pensar. Flotar dentro de la mente. Explorarse. Sin sucumbir. Arriesgarse a sentirse uno y nadie. Sin ataduras, sin ideas preconcebidas, casi sin emociones. Perderse. Pensar desde la realidad de un sueño. Descontrolarse. No renunciar a nada después de haber renunciado a todo. Sin un norte. Pensar en blanco. Sin método. En el color del aire. O en el olor húmedo de la tierra. Pensar sin crear. Divagar en tinto. Sin historia. Sin territorio. Maldita sea, sin dioses ni banderas patrias. No pensar. Salirse de uno mismo. Sacarse la piel. Emerger de nuestra propia boca. Mendigarse a cuchillo. Sin esperar respuesta. Pensarse desde el hígado. A todo pulmón. Ni siquiera tocar tu pensamiento. Ser libre imaginación. Sin lenguaje. Con la penumbra escrita en rojo. Lleno de la clarividencia de una voz desarticulada. La de mis padres. Sin dolor. Como un

sol que se despierta. Con la mente en un punto tuerto. Con la cabeza recostada en una línea. En el horizonte. En el más acá. Con el cerebro cortado a rodajas. En el hueco de una pared de ladrillo. Vaciar el entendimiento ante el *graffiti* de una niña en Montevideo. En una ventana que es la portada de un libro interior. En una puerta que se abre hacia un desierto de arena. En el cielorraso. En el vórtice, en el vértigo. En los cristos inconcretos. En el reino de este mundo. En el agua que corre por el lecho del río. En la nada, en el todo. En una curva de tu cuerpo. En el ojo que se mira para adentro. En la cuchara de Vallejo. En tu pubis marital.

Desprenderse

Apenas guardar las dulces alegrías que del amor fueron y una granada para el camino de regreso. Echar por la borda, desechar los objetos inútiles de los que nuestros hijos no sabrán cómo deshacerse cuando nos vayamos, despedirse sin mirar atrás para no convertirse en grano de sal, desasirse del cúmulo de lo que no sea más ya necesario: los libros que nunca vamos a leer, los recuerdos vanos, las malditas apariencias, los artilugios de la última modernidad, el viaje al Nilo, las negras penas negras, los amigos y las amigas que ya no están, los conocimientos superfluos, los viejos rencores, las creencias religiosas, las utopías y distopías, los sueños (como si pudieran guardarse en una caja), la taza de café cortado... el putito dinero. Mas no desprenderse de ti, mi propia lengua, descalza, desnuda, apátrida, envejecida, solitaria, venturosa, desprovista compañera cargada de esperanza, único puerto... el habla, empobrecida, descarnada, la palabra anónima, la mía, la tuya, la nuestra.

Estar en punto muerto

*Parado en una piedra,
desocupado,
astroso, espeluznante,
a la orilla del Sena, va y viene.
Cesar Vallejo*

Sí, parado estoy sobre una piedra, astroso, mas no desocupado. No sé a dónde voy, pero sí de dónde vengo. Quieto mientras veo pasar el agua del río. Anclado en un punto muerto. Tengo miedo de moverme. A caer. Sólo hay que dar un paso

hacia adelante en el vacío. Pero no subo ni bajo. Tampoco retrocedo. Porque tengo un sueño. Aunque esté detenido. Sobre una pesada piedra que no sirve ni para ser ni piedra de una honda. No vuelo porque no arriesgo. Atado estoy a una piedra que atada está a mi cuello. He de romper esta cadena. Me quedo al borde de esta piedra, queriendo dar el salto. Antes de que me lleve el río.

Moverse (Keep on moving)

Me muevo, pero en realidad cambio. Casi es lo mismo. Muevo un objeto porque lo traslado de lugar. Al moverme, varío el punto de vista, la perspectiva que tengo sobre las cosas y sobre las personas que están en mi entorno. Cambio de posición, dejo de pensar como hace un instante, renuevo mi percepción del mundo. Observo.

Como todos los cuerpos del universo no paro de moverme, me desplazo continuamente y, aunque quiera detenerme, respiro. Siento. Mi corazón no cede, bulle la sangre que me habita. Soy en cuanto cambio. Aprendo. Si no voy o vengo es porque estoy muerto. Me rehago siempre. Camino, viajo, migro, me descubro. Un viejo trashumante soy. Oigo. Árbol de aladas ramas. Vuelvo. Pájaropez. Viento feliz. Atado sólo a mis pies. Nunca estoy, porque me estoy yendo. Me transformo, dejo de ser. Nada tengo, pero vivo. Bailo sólo con quien quiera bailar conmigo. Me conmuevo. Escribo.

Sincopar

¿Cómo suena? Como una caja de resonancia. Ta tam, ta tam, tam. Casi tienes que subirte sobre él para que, al tocarlo con las palmas, los nudillos y los dedos de las manos, transmita todo el movimiento de tu cuerpo. No es melodía, es percusión. Ritmo sincopado. Dicen que emite el son de quien lo toque. Si eres un negro de la costa del norte del Perú, el cajón te devolverá un eco de ombligada o zamacueca como un grito africano; si eres un gitano del sur de Andalucía, entonces sonará como el taconeo de los bailaores de Cádiz, Granada o Algeciras. Paco de Lucía lo introdujo en el flamenco y llegó para quedarse. No es música callada. Su sonido se repite, acompasado. Es pura pasión. No se cuida de notas ni sabe de teorías, el cajón peruano habla siempre un idioma caliente e improvisado. Por eso lo quiere

el jazz. Imita el susurro de una paloma, el tañido quebrado de una campana o la llegada de una tormenta. Aunque quisiera, no es tambor de ninguna selva. Su acústica no es la del cuero curtido y estirado, sino más bien el de la madera que retumba en el aire encajonado. El cedro o la caoba que se inventaron los esclavos para poder recuperar la cadencia de sus danzas. No importa que lleve tres tornillos o tres cuerdas, el cajón repica, seduce, repercute.

Sonar el Madidi

La luz, los sonidos, los colores, las sombras, los ruidos casi inmateriales, los matices, los tonos surgen de todas partes: los pájaros cantan todo el día en los más diversos lenguajes. Son gritos, voces agudas o roncas, son juegos, son ecos, son mensajes, son alarmas de orgullo que las escondidas aves lanzan como signos, truenos, silbidos, palabras aladas. Cruje la madera podrida cuando la pisas en medio del camino, repica ante el golpe rítmico del pájaro carpintero o se retuercen las ramas por la fuerza del viento. Y la selva resuena armónicamente cuando cae la lluvia que agita todas las cuerdas, que toca todas las teclas, que sopla todos los metales y maderas de este concierto infinito del bosque.

Salar

La primera impresión en el salar es la más grandiosa y duradera. Hay que tener cuidado para contemplar tanto resplandor. Debes cubrirte los ojos para poder ver. La mirada no puede abarcar un horizonte tan luminoso. Es como situarse en la inmensidad del mar. Pero en un mar único, un desierto blanco, sin vida, intensamente muerto, calcinado por el sol, el viento, el frío, la sequedad y la salmuera que se expande de orilla a orilla como un hermoso desasosiego.

En el salar la vegetación es sólo un producto de la imaginación en unas islas en las que los cactus, centinelas sedientos, se elevan varios metros de altura. La desolación se hace carne en un paisaje extremo, absolutamente estéril, insalubre, pero inmensamente fecundo en su mineralidad. La transparencia y la nitidez de un aire vertical parece que se fueran a filtrar en la resonancia de un bandoneón a punto de dar su último suspiro.

Después viene lo insólito. La presencia de un vacío interminable. El paisaje no cambia. No hay más huella que los vestigios de los vehículos que atraviesan el salar de un punto al otro. Es como si jugáramos a la geometría de las líneas rectas sobre una gigantesca hoja de papel. Todo es pasajero en este territorio salvo la soledad y el silencio. Porque las huellas desaparecen con el tiempo corto de los hombres. Y la espuma de este mar sin olas no tiene memoria. Aquí la eternidad no es más que el hueso helado de una vaca. O la pequeña rama fosilizada de un árbol prehistórico.

Los pocos hombres que lo transitan apenas se arriesgan a poblar sus orillas. Y hasta los muertos huyen de la sal. Las aves lo surcan y sobrevuelan, pero no les alcanza el viento para sujetar sus nidos. Y no hay pez que sobreviva en sus aguas cuando el terreno se viste de lluvia.

Si el salar es una sábana, de día el cielo azul es una manta en este lecho abierto e infinito. El sol es una sal que quema. Y la noche es un espejo negro y misterioso de un mar de estrellas, de lunas y de sombras.

Es aquel secreto en cuyo árido suelo las voces de los hombres no tienen eco. Sólo silencio.

Crujir por dentro el ombú

Qué importa que no sea un árbol, si su nombre nos da sombra. Cuando lo descubres por dentro, comprendes que su alma es distinta, porque su madera no es de leña; su tronco y sus ramos son papiros enrollados que van transmitiendo su sabiduría desde sus raíces, que reptan y no se hunden en el terreno, hasta sus hojas como manos pecioladas. No arden ni carbón se hacen en el fuego. Son árboles inteligentes que se transforman permanentemente. Crujen en su interior y se rompen de pronto con estrépito para desmembrarse sin sangre de sus troncos principales. Y resurgen en nuevas ramas que van desarrollándose desde las cicatrices de una corteza que se reconstruye y que en pocos años se reproduce. Junta, fusionando lo que ha quedado vivo de lo muerto para crecer como un árbol hueco por dentro. Alto y frondoso en su ambición por volver a encumbrarse, vigoroso, renovando todo el ecosistema de la pradera que gira a su alrededor.

Volver

Volver por un instante a mi país, la otra orilla de mí mismo, mis hijos, la Manuripi, mis amigos, las amigas, la tumba de mis padres, los paisajes de la memoria, los placeres de la retina, los territorios de la ausencia, los Andes, las lluvias de invierno en el verano, el sentido de la impertinencia, las ruinas de la política, los quebrantados sueños, las complicidades, los compañeros del viaje interior, la alegría de estar vivo, las caras conocidas que no tienen nombre, las calles que andar y desandar, las veredas rotas, las desguarnecidas historias de la gente común, la pluralidad, la maldita desigualdad, la inutilidad del «odio que se amortigua detrás de la ventana», los culpables del miedo, los idiotas de siempre que creen que todos somos tan idiotas como ellos, las utopías con olor a kerosén y sangre ajena, el descolorido color de la piel, la incapacidad de entenderlo todo, mis inoportunas nostalgias, los envejecidos libros, las fotografías que ya nada importan, el desamor de una mujer, mis desarticulados recuerdos, el desarraigo, haber nacido en el exilio, mis contradicciones, el voluntario voto de silencio, el carnet de identidad universal, la luz en la penumbra, la imperiosa necesidad de que los cabos de aquí y de allá pudieran arrejuntarse, los olvidos, la felicidad a tientas, a pedazos, los indelebles sellos en el pasaporte.

Volar

Entre la lluvia de vencejos que irrumpen cada mañana entre los edificios, que revolotean negros y oscuros de aquí para allá, que suben y bajan incansables entre las ramas de los árboles, siempre suele haber también, solitaria, una golondrina casi invisible que vuela, veloz, imperceptible a los ojos, que vuela, digo, su propio vuelo entre los vencejos. Se parecen, es cierto, pero sólo la golondrina trae consigo la primavera.

Cor

Me has hablado, corazón, desde tu más profunda y antigua metalurgia; no me habías dicho mucho antes que no fuera del amor y yo casi te tenía en el olvido, seguro de tu relojería incombustible. Y de pronto tu ritmo, mi ritmo, se ha roto,

ha perdido por un largo instante la memoria de la cifra exacta en la que debía latir. Es como si hubiese sido un jaguar dentro de un cuero de vaca. No me has dado más que una señal, incontestable. Contigo he nacido y contigo he de perecer, fiel y único compañero, porque eres yo mismo. Pero ahora, reparada la cadencia, el palpitar, tú y yo habremos de levantarnos otra vez para que yo aprenda a cuidar de ti y tú sigas acompañándome con la carnal aurícula desde la que soplas y riges la marina brújula del porvenir.

Nombrar

Mal nommer les choses, c'est ajouter au malheur du monde!
Atribuido a Albert Camus

Negarse a tener la potestad de forzar el espíritu
de las palabras para dominar, quebrantando
la natural relación entre el territorio
y la gente que lo habita.

Jamás imponer tu lengua sobre la de los demás.

No querer invocar a ningún Dios, ni aún en vano.
Ni convocar en soledad a todos los demonios.

Nunca mentar a la madre de nadie.
Proclamar únicamente la patria tan lejana.

No colocar ni una cruz sobre una lápida.
Ni pretender alcanzar la esencia o el sentido de las cosas.

No designar ni al perro de la casa.
Ni denominar una calle ni otorgar un premio.

Tampoco querer establecer ningún orden o categoría.

Hacer un testamento sólo de tus huesos.
Ni hablar de emitir un voto.

No caer en la tentación de hurgar demasiado
 en la nominación de los huecos del alma.
Ponerle nombre apenas a los hijos.
 Ni con ilusión tratar de inventar otro nombre a la luna.
Nada más mencionar a los amigos en el abrazo.
Ni tan siquiera confiar en la magia de las palabras
 al pronunciar con amor los nombres
 que para ella has imaginado.
Ni se te ocurra escribir un verso que no sirva para combatir
 o para soñar.
Mejor nomás dejarse poseer por la boca de los ciezos,
 llamar por el eco en el desierto,
 nombrar por el romper de las olas en el mar.

Callar nunca

¿Podemos acaso hoy en día callar? ¿Guardar silencio ante la barbarie que nos circunda? ¿Omitir nuestra voz? ¿Abstenernos? ¿No decir nada? ¿Dejar de hacer ruido? ¿Enmudecer? ¿Taparnos la boca? ¿Guardar en secreto lo que para ya nadie es un secreto? ¿Mirar al costado, indiferentes? ¿No involucrarnos? ¿Perder toda la poca dignidad que nos queda? ¿No pronunciar la palabra genocidio? ¿No tratar de repercutir en los demás cuando hay tanto por lo que gritar? ¡Carajo! ¿Ocultarnos en la oscuridad? ¿Cesar en nuestro canto desafinado y descontento? ¿Acomodarnos? ¿Dejarnos amedrentar? ¿Desinteresarnos? ¿Tener miedo a manifestarnos? ¿Pasar por alto la violencia de los unos y de los otros sin sentir vergüenza? ¿Abandonar el oficio de escribir sobre lo que realmente importa? ¿Renunciar a levantar el puño con furia contra las injusticias del mundo? ¿No asumir nuestra parte de responsabilidad? ¿Salir por la puerta de atrás sin que nadie se dé cuenta? ¿Renunciar al recuento de los cadáveres de las niñas y los niños inmolados? ¿Mordernos la lengua hasta sangrar? ¿Dejar de tirar tinta contra los muros? ¿Resignarnos? ¿Debemos acaso seguir callando?

No olvidar

Ahora que los señores de la guerra han decidido por un tiempo poner fin al horror de los bombardeos y las metralas, que no caiga el manto del olvido sobre la barbarie, que salgan todos los hombres y las mujeres muertos de entre los escombros para hacer un inventario de lo que quede de sus carnes y sus huesos y puedan los sobrevivientes llorarlos y darles al menos una digna sepultura.

Nacer

Surgir, nascituro, del vientre de la madre, salir de la confiable penumbra para acceder a la luz, abrirse no sin miedo al universo, irrumpir con particular violencia, emerger de la vulva materna o ser extraído de la placenta con un corte longitudinal. Haber sido engendrado y no creado. Brotar de la pachamama o simplemente romper el huevo de un ave pasajera o el de una tortuga. Originarse como un río o como una fuente, derivarse de otra cosa. Siempre en soledad, desprendiéndonos del útero que nos ha concebido. Cortado el cordón umbilical, comenzar de golpe a tener una vaga conciencia del mundo que nos rodea y del silencio de los dioses. Sacar la cabeza para diferenciar el día de la noche, el frío del calor, la sombra de los rayos del sol, la vida de la nada. Aprender a hablar y a caminar. Empezar el viaje sin mirar atrás y no tener billete de retorno. Abarcar el conocimiento de la propia desnudez. Despertar del sueño. Reconocerse en el profundo abrazo de la amistad. Y en el beso amoroso trascender. Hacerse nación con todos los demás. Ser por un instante el principio de tu propio ser, de tu propia naturaleza. Dar inicio al relato de tu historia. Nacer en la lucha cotidiana por no dejar de ser. Crecer, amar, trabajar y dejar descendencia. Emanciparse para después, al final, sumergirse solitarios en la noche más larga. Reinventarse para escribir este poema. Y volver a nacer cada día al despuntar el alba.

Absolverse

Después de pensarlo dos veces he tomado la sabia decisión de perdonarme este 7 de enero la vida un poquito. No vayan a pensar mal, no se trata de una amnistía total ni de un indulto, sino más bien de eso, de no inculparme demasiado por promesas imposibles de cumplir, debilidades de carácter, creatividad, falta de fe en uno mismo; llámenlo como quieran, desorden de la voluntad, un partido de fútbol del Barça, fatiga prematura, incapacidad congénita, un buen uso de la lengua, la alegría simple de vivir, flojera mental desarrollada a lo largo de los años, una barriga indecorosa, desorientación vocacional al acercarme a la edad de jubilación; sí, una irremediable autojustificación en el invierno, darle demasiadas vueltas a las cosas, ausencia de ambición y de oportunismo político, esa canción de la Violeta Parra, un mirar al costado cuando están matando al prójimo en guerras imperiales, una búsqueda medianía, los versos de Fray Luis, algo de soberbia al atardecer, miedo a la pobreza, una melancolía casi insensata, muchas lecturas desordenadas, cierta tendencia a perder el tiempo en las pantallas, un inconformismo doblegado; qué carajo, una sensibilidad de antaño, el individualismo, pasárselo bien con los amigos, las ganas de seguir viajando, un decepcionado utopismo muy latinoamericano, una autosatisfacción pequeño burguesa, una preferencia incondicional por el género femenino, cuatro hijos inconfundibles. Sí, no les quepa la menor duda, para poder seguir sobreviviendo la vida hace falta perdonarse un tantico de vez en cuando.

Fotografiar a los asesinos

Ponerse a contemplar las cosas con otro ojo, tuerto, comprometido, mirarse por dentro, proyectarse hacia afuera, intuir la escena, clic, acercarse a la mujer que está tendida en el suelo, mirar de frente a los que nos están golpeando, ella migrante y yo no, a los que se esconden detrás de su máscara congelada, distanciarse, enfocar con el ojo maravillojo, abrir el diafragma, enmarcar, inmortalizar las imágenes para siempre, clic, en blanco y negro o a colores, captar la distancia de campo, observar las figuras que se difuminan, porque están cubiertas de armaduras, clic, distinguir a alguien rociándote la cara con gas pimienta, alguien que no soy yo sacando una pistola, no jodas, clic, detener el tiempo, revelar el instante, guardar la imagen en el celuloide digital de la cámara, ser o haberse estido, clic, apretar el interruptor mientras 10 veces me están matando, nos están asesinando, clic, también a ti, clac, la vida te están quitando, cloc.

Viajar

Viajar un día cualquiera de abril a una antigua ciudad desconocida y descubrir sus calles, las plazas, sus murallas blancas, las iglesias vacías, los edificios descoloridos, sus ventanas reflejando los rayos del sol, la anciana asomada en un balcón lleno de hortensias, las puertas de madera pintadas de añil, los mercados atiborrados de gente despreocupada y aparentemente feliz; recorrer el paseo a la orilla del mar bajo la sombra de pinos casi centenarios; coger el tranvía hasta el mirador de la bahía allá en lo alto y bajar corriendo por las escaleras que dan al bullicioso puerto de los pescadores; pararme frente a la vitrina de una chocolatería y preguntarle la hora a un señor con un reloj de cuerda en la muñeca; entrar en una tienda de alpargatas; sentarme en una terraza a tomar una cerveza local, ponerme a leer un pequeño ensayo de María Zambrano y divagar sobre un futuro que no me pertenece; *dimenticare tutto, scordarmi di nulla*; enfocar la cámara y captar el instante preciso en el que una muchacha pasa delante de mí en una bicicleta; oír a la gente hablar en una lengua que es casi mía; volver a colocarme el sombrero de paja en la cabeza; abrir el mapa imaginario de *nowhere* para no salirme de la ruta, dirigirme a la fuente en la que no pedir ningún deseo; dar vueltas y vueltas, perderme, deambular y observar despreocupadamente al viejo que baila al son de una música celestial; improvisar en voz baja este poema sentado y de espalda contra un muro; regresar luego al rincón elegido para ver el atardecer sobre el horizonte marítimo, apartar los nubarrones incendiados por un sol que nunca sabremos con certeza si volverá a aparecer mañana; cobijarme en un cine de barrio cuando me pille el chaparrón; tomarme un vermut en una taberna; después, dejar que la lluvia me cale hasta los huesos al anochecer, tarareando una canción de Lucio Battisti; sorprenderme a mí mismo en la oscuridad, sonreír y dejarme llevar por el placer infinito de estar absolutamente solo.



ANUARIO 34

2025 AÑO DEL BICENTENARIO DE BOLIVIA